

miembros del Consejo Departamental de la Sociedad católica, pues no ha debido ignorar que dichos señores solo encabezaban la suscripción de ese documento, como lo dijimos expresamente en nuestro editorial del jueves 23 de febrero, que *El Nacional* leyó, pues así lo manifiesta el haber dado cuenta de su contenido, en su número del 24.

Por otra parte, era fácil comprender que, cuando apenas hubo tiempo de que el vapor trajese los primeros ejemplares de la protesta, como se infiere de su fecha, no era dable que apareciese suscrita más que por los que habían concebido é iniciado tan saludable proyecto.

Aunque tarde, hemos creído conveniente rectificar el juicio tan ligero como infundado que hizo *El Nacional*, para quitar su valor á la protesta de los católicos de Arequipa. Que tal fuese su intención, lo revela bien claro el contraste que maliciosamente formó entre el hecho de ser el Catolicismo la Religión de todos los peruanos y el de ser tan pequeño el número de los que firmaban la protesta.

No nos parece que se sirve bien causa ninguna, ya que todas pretenden el honor de verdaderas y de justas, despreciando intencionalmente el valor y trascendencia de los hechos que no le son favorables.

Quitar al adversario su importancia ha sido siempre muestra de debilidad ó sin razón.

Creemos que *El Nacional*, encontrando fundadas nuestras observaciones, se abstendrá en lo sucesivo de incurrir en tales ligerezas, que pueden perdonarse en el hombre vulgar, pero que son punibles en el escritor público.



### El testamento del Hombre-Dios

JERUSALÉN, la ciudad de las antiguas promesas, la depositaria feliz de los grandes misterios de la ley escrita; Jerusalén, la reina de las ciudades, la que ha visto realizarse en el recinto de sus muros, grandes acontecimientos, la madre de los profetas, el arca misteriosa en que se guarda la ley santa del Señor, la tierra bendita, santificada por los holocaustos y por los sacrificios; por último, la gloriosa metrópoli del pueblo judío, se encuentra hoy turbada y conmovida: algún acontecimiento grandioso se realiza en su seno; aun no se han extinguido completamente los rumores con que hace poco aclamaba la entrada de Jesús, el *hosanna* resuena todavía en sus calles, como el eco lejano de una tempestad que huye; las madres cuentan á sus hijos los más pequeños detalles de esta fiesta nacional, y los árboles que se hallan en el camino, por donde atravesó Jesús montado sobre una humilde jumentilla, ostentan aun los trofeos de su triunfo, y sin embargo, el recinto de la ciudad presenta un aspecto singular; en sus largas calles, especialmente en aquellas que conducen á la puerta judiciaria, se nota un movimiento extraño, el pueblo se agolpa hacia esta parte, como impulsado por un poder sobrenatural; el tumulto de esta vía contrasta singularmente con el pavoroso silencio del resto de la ciudad.



Cualquier extranjero que penetrase en Jerusalén, en estos momentos, por el lado opuesto á aquel que conduce á la montaña del Gólgota. ignorando lo que allí pasaba, no podría menos que sentirse sobrecogido de un sentimiento indefinible; á lo lejos, se escucha un rumor tumultuoso; sus ecos funestos llevados por el viento acá y allá, se acercan ó se alejan alternativamente, infundiendo en el alma un sentimiento de angustia y malestar inexplicable.

No de otra manera se despeña el torrente soberbio, arrastrando á su paso todo lo que se opone al furor de sus embravecidas aguas.

Mientras unos se precipitan ansiosos fuera de la ciudad, otros se agoipan tumultuosamente á los alrededores del palacio de Pilatos; así éstos como aquellos parecen poseídos de un extraño furor; de cuando en cuando, se levanta de entre la multitud un ruido que aumenta progresivamente hasta tomar dimensiones aterrantes; así escucha el marino mal seguro sobre la cubierta de su nave, el estruendo de las olas de un mar agitado ..... Derrepente todo cesa, las miradas ansiosas de la multitud se vuelven á la puerta principal del palacio de Pilatos; ¿qué sucede allí? unos cuantos soldados romanos comandados por un centurión se abren paso por medio de la multitud apiñada; detrás, aparece el semblante de algunos hombres, que llevan en su frente la marca de la reprobación, y en medio de ellos, oprimido con el enorme peso de la cruz aparece Jesús de Nazaret, el más hermoso entre los hijos de los hombres, aquel á quien Jerusalén había aclamado como un gran profeta.

El había dicho á la desgraciada ciudad:

“ ¡Jerusalén!, ¡Jerusalén! que apedreas á los profetas, cuantas veces quise reunir á tus hijos, á la manera que la gallina congrega á los polluelos, debajo de sus alas, y tu no quisiste.”

Mira, ciudad desgraciada, cómo han puesto tus manos á Aquel que fue enviado para tu salud; ebria en el loco furor que te agita y temiendo que se escapase la presa de tus manos, no has temido gritar debajo de los balcones de Pilatos: ¡Quítale de nuestra vista, crucifícale! y cuando el presidente de los romanos os decía: ¿Qué mal ha hecho? ¿por qué quereis que crucifique á vuestro rey? ebrios de furor, enloquecidos, frenéticos, levantasteis un inmenso grito que fue oído en el cielo: sentenciasteis tumultuosamente al Dios Hombre á una muerte ignominiosa, y á fin de que, en ningún tiempo, pudiesen las generaciones venideras dudar de este hecho inaudito y atroz, sellasteis el acto nefando de vuestro crimen, ratificando la inicua sentencia con una imprecación infernal; “ Sí, quítalo de nuestra vista y crucifícalo, y para que nada temas, en cuanto á responsabilidad, por este acto inaudito, la sangre de éste caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos.” y un inmenso rugido envolvió esta sacrílega imprecación. Jerusalén se estremeció, se oyeron en el templo aullidos pavorosos; y truenos lejanos, precursores de una tremenda tempestad, se dejaron sentir en la vecina montaña.

Detengámonos un momento, y reflexionemos.

Jesús, aclamado por las calles de Jerusalén, es hoy impiamente condenado á muerte por los mismos que cubrieron el camino con sus vestiduras y le acompañaron, en su entrada triunfal, con ramas de olivo y palmas en las manos. ¿Qué explicación tiene un cambio tan extraño? ¿cómo ha podido el pueblo, que, pocos días antes, colmaba de honores y bendiciones á Jesús, olvidarse tan pronto de este acto de justicia y consumir la mas grande iniquidad? Este hecho, al parecer inexplicable, se comprende, estudiando las causas que han precipitado la ruina de Jesús, jurada de antemano por la Sinagoga.



En efecto, los escribas y fariseos, enemigos mortales de Jesús, porque había confundido su soberbia, descubriendo al pueblo sus iniquidades, juraron su ruina, y desde este momento no cesaron un punto de trabajar secretamente por desacreditar con el pueblo á Jesús y su doctrina. Su cobardía y suspicacia nos les permitió trabajar abiertamente por la ruina de un hombre en el que, apesar del odio que le profesaban, no podían dejar de ver algo de divino. La inmensa popularidad de que gozaba en Judea, su admirable doctrina y los estupendos milagros con que la acreditaba, les hicieron comprender, aunque no en el verdadero sentido, que su poder sucumbia sin remedio; cada nuevo milagro, cada espléndido beneficio de Jesús, exacerbaba en sus almas precitas la sed de envidia que los devoraba, y en sus tenebrosos conciliábulos escogitaban los medios de destruir este poder, que se levantaba contra el suyo. Mientras Jesús predicaba en las aldeas, aunque venía hasta ellos el rumor de las maravillas que obraba, se creían seguros de su triunfo, porque, ciegos por su soberbia, no querían reconocer en Jesús al Redentor que les estaba prometido y lo miraban como peligroso á su sinagoga; pero, lo que puso el colmo á su desesperación, fue el triunfo obtenido por Jesús, á su entrada en Jerusalén. Desde ese momento, sintiendo vacilar sus cátedras y viendo amenazado de cerca su poder, no perdieron un instante y trabajaron activamente en la pérdida de Jesús. Resuelta ya en el gran sahedrin de la nación, fueron inmediatamente comunicadas las órdenes necesarias para disponer el ánimo del pueblo al gran drama que se iba á representar. Aunque la manera de apoderarse de Jesús preocupaba sus ánimos, no obstante comprendieron que, dispuesto el pueblo á secundar sus miras, todo les sería fácil, y aunque la traición del infiel Judas no hubiera puesto á Jesús en sus manos, no les habría faltado modo de apode-

rarse de él, en su odio y refinada malicia. Los medios de que se valieron para conseguir su objeto fueron sencillos; alucinaron al pueblo exaltando sus pasiones y extraviaron su juicio, valiéndose de su autoridad y magisterio, de la mentira y del sofisma. Cuando el fermento estuvo á punto, dirigieron esta máquina infernal á su objeto, influyeron en el ánimo de Pilatos, haciéndole entrever, si no favorecía sus pretensiones, la pérdida de la gracia del César, pues aparecería, perdonando á Jesús, como un débil representante de su autoridad en Judea, y como poco celoso defensor del poder de los romanos. Robustecieron el ánimo vacilante de Pilatos mostrándole la agitación del pueblo, y atemorizando su alma con los aullidos de su furor; aumentaron la rabia popular, manifestando al pueblo que, por la leñidad de Pilatos en pronunciar la sentencia que se le exigía, podían venirle muchos males de parte del César, cuyo poder vacilaba en Judea, por causa de Jesús, haciendo valer, para irritarlo más, la pérdida de los derechos y privilegios de que gozaban, respecto á su religión y leyes especiales.

Todo esto puso en juego la malicia de los escribas y fariseos para lograr la muerte de Jesús; y lo consiguió, como vamos á verlo.

Jerusalén está desierta; la multitud se dirige al Gólgota, siguiendo inquieta los pasos de Jesús, que á cada instante cae oprimido bajo el peso de su Cruz; exánime, y casi muerto de fatiga, llega en fin al calvario; los sayones crueles lo desnudan de sus vestiduras, renovando con esta acción bárbara todas sus heridas. Jesús es extendido y clavado sobre la cruz, y ésta levantada sobre el monte, en medio de otras dos, en las que se encuentran pendientes insignes malhechores.

La obra generosa de la redención del humano linaje, concebida por un Dios, vá á ser consumada por



Dios, el único capaz de ejecutarla; pero, antes de poner el sello á esta obra grandiosa, Jesús va á legar en testamento las últimas palabras salidas del corazón de un Dios Hombre, que ofrece su vida en holocausto por la redención del hombre.

Ha empezado ya á correr la hora de sexta; la naturaleza entera, herida de estupor, empieza á turbarse; el horizonte dibuja á lo lejos vagas sombras que infunden pavor en el espíritu; el sol empieza á perder la brillantez de sus rayos; el pueblo amotinado, sin darse aun cuenta de su horrendo crimen, huye tumultuoso por la falda de la montaña; Jesús ha entrado en agonía; sus dolores han llegado al colmo de su intensidad y cuando todo estaba suspenso, mueve los labios y habla, expresando un pensamiento que sin duda brota de su corazón. ¡Padre!, dice, perdónalos por que no saben lo que hacen. En esta palabra sublime, salida de los labios de un Dios-Hombre, se encierra una doctrina, hasta entonces nueva en el mundo; Jesús perdona á sus enemigos y los perdona en el momento en que más lo hacen sufrir; cargado con los pecados de la humanidad entera, hace valer sus derechos de Hijo de Dios, llamándolo Padre, á fin de alcanzar más ciertamente lo que pide. Jesús alcanza el perdón para sus enemigos, para aquellos que lo han crucificado, y para aquellos otros, que más adelante volverán á crucificarle con sus pecados; á todos los tiene presentes, y sin embargo los perdona, y para dar un testimonio público de que su Eterno Padre ha escuchado sus súplicas, respondiendo al buen ladrón, que es el primero en aprovecharse de esta gracia, le dice: "En verdad te digo que hoy serás conmigo en el paraíso".

Jesús ve acercarse el momento de su muerte, y no satisfecho con las pruebas espléndidas de amor que ha dado al hombre, emplea los últimos instantes que le restan en asegurar su obra, en procurar á sus redimi-

dos los medios más poderosos, para conseguir el fruto de sus tormentos; va á dejar huérfanos á sus hijos, á impulsos del amor que les profesa, pero antes de separarse de ellos, dirigiéndose á María y señalándole al amado discípulo, le dijo: "Mujer, vé ahí á tu hijo," dándonos en estas palabras todo lo que podía darnos; haciéndonos hijos de su propia madre, nos hizo sus hermanos y dio un testimonio público de la dichosa unión que realizó de las dos naturalezas, en su divina persona.

Hasta este instante, parecía que Jesús había olvidado sus tormentos, ocupándose solo del hombre; pero ahora que ha asegurado su suerte abriéndole el camino del perdón; ahora que ha conducido el mismo por la mano al dichoso mortal que muere á su lado; ahora, en fin, que nos ha legado la madre más tierna y cariñosa, se entrega por decirlo así, de lleno á sus tormentos, y saboreando toda la amargura de su situación, sintiendo todo el peso de todas nuestras iniquidades, exclamó con grande voz: "Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has desamparado?" á esta palabra tremenda se estremeció el Gólgota, y la naturaleza entera, experimentando el desamparo de Jesús, se sintió trémula y vacilante.

Jesús no conforme todavía con lo que había hecho por el hombre, quiso expresar su vehemente deseo de hacer más, si necesario fuese, y exclamó: "sed tengo;" y el grosero judío, entendiendo esta sublime palabra en su sentido material, acercó á los labios del divino Jesús una esponja empapada en hiel y vinagre; gústala y como si solo esto faltase, para dar por terminada la grande obra de la redención del género humano, dijo: ¡Todo está consumado! Que fue lo mismo que decir: las profecías están cumplidas, el cáliz agotado hasta las heces, el honor de mi Padre reparado, la cólera de



Dios aplacada, y el hombre redimido. Y en este instante, sintiendo Jesús que había cumplido su misión, permitió á la muerte que lo hiriese, exclamando: "en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu", é inclinando la cabeza expiró.....

El mundo asombrado de tamaña catástrofe se estremeció sobre sus ejes, las montañas abrieron su seno, los sepulcros devolvieron los cuerpos que encerraban, el sol ocultó su luz, el velo del templo se rasgó de parte á parte, inaugurando así el reinado de la nueva ley, y el pueblo deicida, espantado de su propia obra, empezó á conocer, aunque tarde, lo que había de divino en el hombre sacrificado á su inicuo furor.

La Iglesia Católica brotó en este día del corazón herido de su divino Esposo, y fue puesta sobre la tierra lo mismo que El, como un signo de contradicción, para la ruina y la resurrección de muchos. En la Iglesia, se ha renovado muchas veces la escena del calvario; los sectarios han reemplazado con ventaja á los escribas y fariseos, y en sus tenebrosos consejos maquinan constantemente la ruina de Jesús, su Representante en la tierra es el blanco de sus furores, y así como la entrada triunfante de Jesús en Jerusalén exacerbó la rabia de sus enemigos, así también los triunfos de la Iglesia y de su cabeza visible provocan las iras de estos nuevos escribas y fariseos. Ellos son los que, con sus maquinaciones perversas, mueven las multitudes las conducen, ebrias de furor y de vino, á pedir la muerte del justo; ellos son los que han renovado en el ánimo de muchos reyes de la tierra los temores de Pilatos, conduciéndolos á entregar al justo en manos de los pecadores. Pero, así como Jesús resucitado subió triunfador á sentarse á la derecha del Padre, la Iglesia, su purísima esposa, fiada en su divina promesa, triunfará también de todos sus enemigos, y triunfará por los medios que siempre ha triunfado.

Redoblemos nuestra oración, en estos grandes días del Catolicismo; unamos á nuestras lágrimas por la muerte de Jesús las súplicas ardientes por el triunfo de su esposa la Iglesia. Acompañemos el sacrificio de Jesús, con la oblación de nuestros corazones para impetrar de su diestra omnipotente la terminación pronta del combate que hoy sostiene la Iglesia; y á imitación de esta misma Iglesia, pidamos por sus enemigos; que sean iluminados aquellos que se hallan sentados sobre las sombras de la muerte, y por aquellos también que, habiendo sido iluminados un día, han cerrado los ojos á la luz y viven en profundas tinieblas.

Roguemos con fe y confianza; perseveremos en rogar, pues no está lejos el día en que asistamos al triunfo de Jesús, en su Iglesia, así como hoy recordamos su muerte ignominiosa.





---

### La inundación de Lambayeque

EN nuestro número del lunes 3 del presente, dimos cuenta del acuerdo tomado por la junta particular de la Sociedad de Beneficencia para socorrer las muchas y muy graves miserias, que ha dejado en pos de sí la inundación de Lambayeque.

Uno de los puntos acordados fue nombrar una comisión de socios que se encargara de abrir una suscripción, en esta capital, en favor de las víctimas de tan grave calamidad pública.

Con fecha 8 del presente, la comisión nombrada se ha dirigido á los habitantes de la capital, invitándolos á aliviar con sus voluntarias erogaciones este grande infortunio.

He aquí la invitación:

“Los que suscriben han aceptado el honor que se les confiere de promover en esta capital una suscripción, cuyo producto se aplicará á los elevados y filantrópicos fines que se ha propuesto la Sociedad de Beneficencia, en obsequio de nuestros compatriotas y hermanos que han sufrido los estragos de la inundación y destrucción de la ciudad de Lambayeque.

Con este motivo, los infrascritos se dirigen á los habitantes de esta capital, que el cielo ha querido preservar de los desastres que en los últimos tiempos han



affligido á los pueblos del Sur y del Norte de la República, solicitando de su caridad y de su ilustración una ayuda espontánea, en favor de tan lamentables infortunios.

Desde esta fecha, queda abierta una suscripción que se recibirá en los siguientes lugares:

Tesorería de Beneficencia.

Almacén del señor Zuloaga, calle de San José N° 52.

Casa del señor Osma, calle de la Pescadería.

Idem Delgado hermano, calle de Baquijano, N° 311.

Banco Hipotecario, calle de las Mantas.

Compañía del ferrocarril de Eten, calle de Valladolid, N° 88.

Casa del señor Renner, calle de S. Antonio, altos. Lima, abril 8 de 1870.

*Manuel Pardo.—José de la Riva Agüero.—Ignacio Osma.—Juan Manuel Zuloaga.—Carlos Delgado y Moreno.—José Antonio García y García.—Juan Renner.*

Felicitamos muy cordialmente á la Sociedad de Beneficencia, por la iniciativa que ha tomado en este asunto y aplaudimos el celo de los respetables socios, que se han prestado á realizar sus caritativas miras.

Cooperadores obligados de todo lo bueno, nos toca cumplir hoy el dulce deber de estimular la caridad de los habitantes de Lima, en favor de nuestros infortunados hermanos del Norte.

A ello nos obligan la Religión y el patriotismo.

La Religión—porque la ley de la caridad es base fundamental del catolicismo y, también, porque debemos mostrar, con nuestra solicitud en aliviar el ajeno infortunio, que somos agradecidos á la Providencia, que ha apartado de nosotros, y casi solo de nosotros, tan grave calamidad.

El patriotismo—porque las víctimas de esta gran

desgracia han visto la luz en el suelo de nuestra patria, viven bajo nuestro mismo cielo y forman con nosotros, por la comunidad de deberes y derechos, una sola sociedad.

Poniendo, pues, nuestra pluma al servicio de esta causa, tan dolorosamente simpática á nuestro corazón de católicos y de peruanos, nos unimos á los dignos socios que componen la comisión receptora de las erogaciones para pedir á los habitantes de esta ciudad, tan privilegiada por el cielo, que, por medio de sus limosnas, lleven el consuelo á tantas almas abatidas por la miseria y un alivio oportuno á las mil necesidades creadas por los últimos desastres.

Tiempo ha que el infortunio visita nuestros pueblos.

Si lo aceptamos con resignación, lo sufrimos con fortaleza y lo aliviamos con caridad, no nos pese por ello; porque es la ley de la Historia la sentencia del Espíritu Santo: *Quien siembra en las lágrimas, recogerá en el gozo.*

La escuela del dolor, como forma á los hombres, forma también á los pueblos.

